
CAPILLADA 128. (76 DE MADRID.)

FR. GERUNDIO.

*Si quis desconfiatus dixerit non
aprovechandum esse vernum tem-
pus ad bellum ex toto corde nos-
tro, et tota anima nostra et tota
mente nostra ferendum, anathe-
ma sit.*

Si algun desconfiado dijere que
no se ha de aprovechar la presente
primavera para hacer la guerra, y
que no se echarán los bofes por con-
seguirla, mala engina le atosigue.

CONC. 4. GER. CAN. 24.

YA LLEGÓ.

Gracias á Dios, Tirabeque, gracias á Dios
que la tenemos acá. Mira; una de las boberías
y miserias que tenemos los hombres es este
afán con que ansiamos siempre el tiempo futu-
ro, esta impaciencia por el porvenir que nos
parece no ha de llegar nunca: sin reflexionar
que cada día que pasa, tanto mas se acerca el
término de nuestra peregrinacion, tanto mas
brevemente se cumple el plazo de nuestra cor-
ta vida. Habrás observado que no hay cosa mas
comun que decir: ¿qué deseos tengo de que
pase el invierno! cuando querria Dios que lle-

gue el verano! ¡qué ganas tengo de que pase el tiempo del calor! Estoy deseando que llegue tal día. Los tiempos y los sucesos naturales, Tirabeque, vienen cuando les llega su turno, y ni les detiene ni les apresura la impaciencia de los hombres: por eso dice bien el adagio, que no por mucho madrugar amanece mas aina. En fin ya llegó la que con tanta ansia todos esperábamos, porque tenía que llegar, é inutil pretension hubiera sido la de querer hacerla venir prematuramente: ahora ya llegó para satisfaccion nuestra, y esto ya es otra cosa.—Señor, ó yo tengo hoy muy torpe el entendimiento, ó vd. habla por *la paz*, que es lo que todos deseamos y apetecemos. Pero si es así, páreceme que vd. debe haber soñado esta noche con ella y todavia no debe estar bien despierto, que así veo yo llegada la paz por ahora como por los cerros de Ubeda.—No hablo precisamente por la paz, Tirabeque; hablo, sí, por su precursora.—Señor, la precursora de la paz es la guerra: y esta señora precursora no ha llegado ahora por cierto, que ya va mas de cinco años que la está precursando.—No me entiendes, hombre. ¿No oyes ya por las mañanitas desde la celda el gorgéo de los alegres y pintados pajarillos en los tejados de la vecindad? ¿No oyes cuando sales á paseo el dulce canto de los ruiseñores y el confuso, aunque no menos alegre cacareo de las ranas? ¿No has observado cómo van brotando los botoncitos de los árboles y arrojando sus renuevos? Pues todo esto es precursor de la paz.—Señor, ya va para seis años que oigo cantar las ranas y los ruiseñores por este tiempo, y esa señora *paz* no veo yo trazas de que venga. Como que tengo yo para mí que los ruiseñores cantan mas en

tiempo de guerra que en tiempo de paz; y habrá ruin-señor que en tiempo de guerra parecerá que tiene un pecho y una voz como un mirlo, y si hubiera paz nadie le oiría, y estaría callado como los pájaros cuando estan de muda.

Malicioso y picaresco estás hoy, Pelegrin: y aun te me vas acostumbrando á hacer unos juegos de palabras que encierran mas énfasis de la que es propia de un lego. Te hablaré mas explícitamente para no darte lugar á versiones maliciosas. Si hubieras dado un repaso á nuestra obra clásica consultiva, esto es, al calendario, hubieras visto que desde ayer entró el sol en Aries.—¿Y qué significa entrar el sol en Aries, señor?—Que entró ayer la primavera, hombre; la primavera, precursora de la paz; la primavera, esta estacion tan impacientemente por todos aguardada, como que en ella han de dar principio las operaciones de la guerra con toda fuerza y vigor; la primavera, en que se han de poner en juego las inmensas masas de hombres, los admirables aprestos militares, los grandes recursos de todas clases que estan preparados para dar un golpe mortal y decisivo á esa miserable faccion y deshacerla como el humo. Y si á esto se agrega que hoy el cuarto de luna entra con BUEN TIEMPO, ya ves que todo indica que *la paz* está llamando ya á la puerta de casa.—Señor, déjeme vd. consultar el calendario, aunque sea algo tarde, y daré mi voto, que yo tambien tengo mi astronomía particular.—Ahi le tienes.—Vamos á ver.

Señor, la luna dá guerra.—¿Cómo que la luna dá guerra?—Si señor, la luna dá guerra.—¿Qué guerra ha de dar la luna, fatuo?—Señor, tengo dicho. La luna dá guerra. La guerra

no es el cáncer que nos devora?—Así ha dado en llamársela, es verdad.—Pues la luna está en *cancer*: aquí tiene vd. el testó.—Eso no prueba nada, hombre.—Menos prueba el *buen tiempo*, Señor, que buen tiempo ha hecho antes de ahora que ha parecido una primavera, y no por eso se han movido las señoras operaciones.

Bien me hago cargo, Pelegrin, que los cálculos y proyectos militares, políticos y diplomáticos escuden los alcances de un simple lego, superficial é imperito, y por eso no llevo á mal que no sepas juzgar sino por la corteza de las cosas. ¿Crees que hubiera sido honor de la gran nación española aprovechar los momentos de confusion y desorden de los enemigos, y valerse de sus disensiones para echarse sobre ellos así de golpe y porrazo y desconcertarlos enteramente? Eso lo hacen los rivales débiles y cobardes; y una paz lograda por ese medio hubiera sido una paz poco noble, poco digna de nuestros humos y de nuestra grandeza. Una nación que cuenta con triples ó cuádruples fuerzas que su impotente enemigo, y que fía además en la justicia de la causa, no debe vencer á aquel sino frente á frente y brazo á brazo. Además que las cosas gustan y se aprecian mas cuanto mas cuestan. No faltaba otra cosa sino que constando de ochenta y tantos mil hombres el ejército del Norte, de veinte y tantos mil el del centro y de otros tantos el de Cataluña (según dicen) no faltaba mas, digo, que con estos y otros poderosos elementos se hubiera comprado la paz al precio bajo y mezquino de aprovechar los desórdenes del campo enemigo para vencerle en desigual contienda! ¿Qué se hubiera dicho? Y sobre todo la palabra es palabra. Se ha dicho que en la primavera se ha de abrir

la nueva y última campaña, y la primavera no ha llegado hasta ayer. Ahora ya será otra cosa: y contratado el abastecimiento del ejército por tres meses para que nada le falte, verás sucederse los movimientos y las victorias, en términos que no te dará vagar á contarlas. Vete pues alzando ese gracioso piececillo, y haz una evolucion precursora de la paz. —Deje vd. señor, que levanten primero ellos el suyo, y veremos; que por ahora el mio mejor está sentado en el suelo. —Pero hombre, ¿crees tu que no ha de ser esta primavera la última de esta guerra fatal? —Veremos, digo; la luna está en el cáncer que nos debora.

Vamos, vamos, Pelegrin;
que la guerra va á dar fin.

Alza esa pata, y sea luego.

—Señor, juro á fé de lego
que no levanto la pata,
aunque vd. me dé mas plata....

—Una pirueta siquiera
á la hermosa primavera,
que es de la paz precursora.

¿No has de hacer lo menos una?

—Señor, yo no hago ninguna
mientras no salga la luna
del *cáncer* que nos debora.

LA NECESIDAD EN VISITA:

Afana lo por demas andaba Tirabeque el día de S. José despues de haber escrito su célebre MANIFIESTO, disponiéndose para salir á dar dias. Puesto tenia ya el pantalon de los dias de fiesta, y preparábase á sacar de su cofre el cha-

eso que le compré en la aduana, cuando llamaron á la puerta. Yo me hallaba todavía con el gorro de dormir y la bata de casa. Abrió aquel y vió entrar una figura como de persona, toda enlutada y cubierta con un velo. Asustóse Tirabeque y dió dos pasos atrás. Pero luego reponiéndose un poco y haciéndose la señal de la cruz, desde la frente hasta el pecho y desde el hombro izquierdo hasta el derecho, con voz todavía temblorosa la dijo: «En el nombre de la sola persona de las tres santísimas Trinidades que adoramos los cristianos, te interpelo como mas conforme á reglamento sea, para que me digas quién eres y á qué vienes á esta celda. Si eres muger, dilo; si eres sombra, tambien; y despáchate presto, porque tengo yo que arreglarme para hacer unas visitas de cumplimiento.»

Callaba á todo la enlutada figura, y Tirabeque apurado mas y mas, la volvía á decir: «Conjúrote, vision espantosa, que si eres la *transacion*, te descubras cuanto antes para que veamos qué tal cara tienes, y digas qué condiciones son las que exiges: pues mientras no levantes el velo con que vienes cubierta, yo no puedo darte entrada, porque no me fio de ti. Si eres la *reaccion* y vienes con ánimo de asustarme, has equivocado la casa, que aqui no vive ningun ministro, sino mi amo Fr. Gerón-

dio y yo. Si eres alguna *protocóla*, ya puedes tomar otra vez la puerta, que todavía hay en España fuerzas para pelear. Si eres una *traicion*, no cuentes conmigo ni con mi amo. Si eres la *fantasma* de los domingos, toma dos cuartos y no mientas mas; y con tal que no mientas dí lo que te se antoje. Si eres la *semana santa*, aguarda á que te toque venir por tu turno y no te adelantes á entristecer la gente, que aunque es la semana de pasion y los altares estan enlutados como tu, todavía siguen por ahora en su fuerza y vigor los bailes públicos en el *Nuevo Recreo* y en todos los sitios de broma y de jarana. Y si eres *muger*, y vienes á tentar mi castidad, mal dia has escogido siendo como es hoy el señor S. José patrono y abogado de ella: cuanto mas que yo tengo hecho mi voto, y no le quebrantaré mientras Dios me tenga de su mano. Y sobre todo ¿sé yo qué tales trazas son las tuyas, si no te levantas ese velo, que así podrá ocultar una hermosura como una tarasca? Asi pues, en nombre de esta cruz y de las tres divinas personas de la Santísima Trinidad (que antes yo creo que lo dije al revés, porque estaba un poco sobrecogido) te ruego y suplico y aun te mando que me digas quién eres, y quién te envía, y á qué vienes aqui. Yo soy Tirabeque para servir á Dios, y á tí si eres persona de *tál*.»

Entonces la enlutada con voz cuasi exánime le dijo: «Sí, muger soy por mi desgracia, y solo la necesidad me obliga á venir aquí: ó por mejor decir, yo soy la misma necesidad; ¿dónde está tu amo Fr. Gerundio?»—Señor, Señor, *la necesidad en visita* tenemos.—A esto salió mi Paternidad Reverenda, y previniendo á Tirabeque que no insultára á la humanidad desgraciada, «Señora, la dije, sea vd. quien quiera, pase vd. adelante y diga en qué puede aliviarla la buena intencion de un religioso esclaustro.» Animada con este ofrecimiento la incógnita, andubo algunos pasos; mas al llegar al sofá se dejó caer en él desfallecida y sin aliento. «Señora, si se siente vd. indispueta, diga vd. qué es lo que cree la podrá aliviar y veremos de proporcionárselo con la mejor voluntad del mundo.—¡Ah! respondió; yo no querria sino un veneno para dejar de existir.—Señor, ésta por fuerza debe ser alguna enamorada romántica, que algun bribon la ha pegado alguna tostada de marca mayor. Señora, no se aflija vd. por esas cosas y échelo todo al trezado, no sea tonta, que en esas cosas es que mas pone mas pierde; y si vd. se muere nadie se lo ha de agradecer, y menos ese pícaro que tan mala correspondencia ha tenido con vd. Estamos en unos tiempos muy corrutibles, señora; y así trate vd. de consolarse y



« ¡ Ah ! Solo quiero dejar de existir ! »
..... Soy la viuda de un general.

olvidar á ese mal amante , que no faltará otro mas hombre de bien , que aunque hay pocos, todavia les hay que saben portarse mas caballaramente que él.—Mira , Tirabeque , no sé qué me incomoda mas , si tu ligereza en juzgar, ó las máximas inmorales que así á lo necio dejar caer, y que temo no estes lejos de profesar. Señora diga vd. si siente alguna indisposicion.—Mi amo, si á vd. le parece iré á hacer una taza de té, que acaso habrá almorzado fuerte y la habrá hecho daño.—¡Ah! Dichosa yo si en dia tan solemne hubiera tenido con qué desayunarme siquiera!

Al oir esto corrí inmediatamente á traerla un caldo, y cuando volví, el atrevido de Tirabeque no pudiendo sufrir mas tiempo sin satisfacer su curiosidad, habia tenido la osadia de levantarla el velo. La incógnita habia prorumpido en desconsolado llanto, y el buen Peregrin, compadecido ya, la estaba enjugando con su misma camisa. Enternecióme la contemplacion del rostro cadavérico de la desgraciada desconocida y me apresuré á suministrarla el caldo por mí mismo.—¡Ah! perdone vd. por Dios, me dijo; yo no deseo ya mas que morir. Si quisiera vd. reservar ese caldo para una de mis seis hijas, que está próxima á fallecer, mas por la falta del preciso alimento que por la fuerza de la enfermedad que padece....!—Se-

ñora, socorrida será también, y por ahora condescienda vd. á procurar el alivio de sí misma.—Señora, la decia Tirabeque, tómelo vd. y no tenga escrúpulo ninguno, que está hecho por mi mano, y yo la aseguro á vd. que la ha de aprovechar; y crea vd. que la caridad bien ordenada empieza por sí mismo, que este es mi tema siempre y me vá bien con él.

Accedió á tomar el caldo, y cuando estaba un tanto reanimada, la supliqué se sirviese decirme quién era, si en ello no se hacia violencia y podia sin inconveniente decirlo.—Ah! No señor; ¿por qué le he de tener? *Soi la viuda de un general*. Tengo seis hijas, dos de ellas enfermas, y la una sucumbirá sin remedio, porque sin alimentos y sin medicinas la muerte es lo único que le queda ya que esperar. Y todas habrémos de perecer, y asi lo deseamos. Si este es el objeto de quien tan abandonadas nos tiene, tendrá el bárbaro placer de verle cumplido. Mis habéres, mis efectos, todo ha desaparecido ya. Veinte y seis meses de cruel abandono...! Sin encontrar ya labores en qué emplear nuestras descarnadas manos... fatigada la caridad de estraños y amigos...! Ah! Y Dios nos conserva una vida que aborrecemos!!! Mi única esperanza, el hijo único en quien vislumbraba una esperanza remota de apoyo y de consuelo, no á mí, sino á sus infelices hermanas, acaba de

ser atrozmente asesinado por los facciosos...! era capitan en el ejército del centro....» El llanto la embargó la voz, y dudo que haya entrañas que hubieran dejado de enternecerse presenciando esta escena. «Señor, me decia Tirabeque; si vd. me deja, me voy corriendo ahora mismo, y no paro hasta encontrarme con el Sr. Alaix, y decirle asi indirectamente: «venga vd. acá, señor ministro; si vd. es hombre, lléguese vd. conmigo á la celda de mi amo á ver si tiene vd. corazon para ver lo que está pasando alli. Yo no puedo creer lo que cuentan por ahí que contesta vd. á las pobres viudas que le vienen á pedir lo que es suyo, porque refieren respuestas que no se pueden creer de un hombre que tenga siquiera una cosa asi como un granito de mostaza por corazon. Venga vd. y si vd. no se ablanda, diré que es vd. la *Aporloquintris* mas grande y mas horrorosa del mundo. Y sepa vd....»—Tirabeque, que te dejas arrebatar demasiado del espíritu de filantropía que te anima. Me agradan los sentimientos que manifiestas, pero cuenta con que á un ministro nunca es lícito faltarle al respeto. Hay modos de decir las cosas, hombre.—Señor, peor modo tiene él, que sobre no dar á estas infelices lo que con tanta justicia reclaman, porque es suyo, las despide siempre de un modo tan brusco que ya es para desesperar. ¿Qué se ha

ce tanto dinero como se saca de los pueblos, digo yo, señor? ¿Qué se hace? Las viudas de los militares ya lo ve vd., señor; escuso de decir mas. Los retirados, idem per idem. Los cesantes, ya vd. lo sabe. Los empleados, ni á media racion. Las monjas y frailes, échelos vd. un galgo. Señor, esto me vuelve á mí loco: que digan que se muera todo el mundo, y despachamos mas presto.—¿Pero no te haces cargo, Pelegrin, que un ejército consume mucho?—Señor, yo no sé quien lo consume: eso ellos lo sabrán: yo lo que veo es que todo el mundo está consumido y hambriento. Y sinó contemple vd. este cuadro y los que todos los dias se nos estan presentando aqui mismo, que no hay caridad ya que alcance á tanto.

Vaya, pues deja por ahora tus fundados clamores, y lo que urge es que acompañes á esta señora á su casa, y lledes un caldo á su hija enferma, que para mañana ya lleva una lijera muestra de nuestra caridad con que poderlo hacer.—Verificóse asi, y despidióse la desgraciada viuda manifestando las muchas veces que su situacion la hacia caer en desesperacion.

Escenas semejantes á esta se repiten diariamente en la celda gerundiada. Centenares, y aun miles de familias dentro de Madrid, y muchos mas miles de ellas en las provincias se encuentran en la situacion que acabo de bosque-

jar solamente y para cuya descripcion la pluma festiva se cae de la mano. Que metan la suya en el pecho los señores ministros de Guerra y Hacienda, y digan francamente (si de decirlo son capaces) si en medio de las escaseces que supongo del erario, con tanto como contribuyen diariamente los pueblos, *no será posible* atender á estas desgraciadas clases, no digo al corriente, no, sino *con lo absolutamente indispensable para que no perezcan de hambre y de miseria.* Los militares mismos ¿no sufrirían con resignacion *alguna otra privacion mas*, si vieran que una parte de los fondos públicos se destinaba al socorro de las viudas y sus familias, cuando saben demasiado que sus esposas podrán pertenecer mañana al número de las desgraciadas?.

Varias veces he clamado sobre esto mismo para aguijar al gobierno. Si este ensordece y se desentiende; si yo he sido hasta importuno, quédame una satisfaccion; la de haber cumplido, como periodista, con una obligacion de escritor; como hombre, con un deber de humanidad.

LOS GARROTAZOS DEL P. SUPINO.

Habiendo apaleado cierta autoridad militar de Bilbao á un Padre Supino por haber dirigido algun comunicado acerca de él á los pe-

Ayuntamiento de Madrid

riódicos, el P. Genitivo de la ex-junta gerundiana, que se hallaba presente, refiere el caso á mi Paternidad reverenda en la siguiente forma.

¡Ay, P. Fr. Ferundio! ¡quién creyera que despues de una vida tan austera, áspera y solitaria noche y dia, la fortuna, contraria todavia, se ensañara en los antes enclaustrados, y en lúgubres mansiones encerrados! Si: se ensaña traidora, y no reposa por volvernos á la era ignominiosa del ayuno, y cilicio, y del sonante azote que al donado, al corista y al novicio cualquier prelado zote por santa penitencia déspota le imponia sin clemencia. Si, Fr. Gerundio, si; que la fortuna sin compasion alguna valida del prelado Miguelote, de disciplina armada, á la caterva mísera exclaustrada persigue con garrote.

No ha mucho un estenuado anacoreta, suponiendo ya roto el yugo grave y la servil cadena que su lengua ligára á necio voto, con la audacia indiscreta quiso público hacer algun manejo de un Guardian esclaustrado esperto y viejo. Mas la fama parlara, que á ninguno perdona, cuanto habia escuchado se lo emboca á Miguel el jubilado. Brama cual javalí de flecha herido, pateca, arroja espuma, da un bufido; jura que la intentona

de Supino y demas anacoretas
 vengaría con palos y vaquetas.
 Dice que Mendizabal fue un Juan Lanas,
 que tubo la osadía irreverente
 de permitir trocase por sotanas.
 el hediondo sayal tan brusca jente.
 Armase cual Megéra
 de estaca dura y fiera.
 Precédele un donado
 despensero que estaba descontento
 de que el gran refectorio del convento
 se encontrase de padres despoblado.
 Vale en zaga Miguel el Reverendo
 cabizbajo, mohino y pensativo:
 pero ¡oh lance estupendo!
 que al tiempo de salir, con rostro altivo
 á sus ojos se ofrece frente á frente
 el ex-fraile imprudente
 que con pluma mordaz y desenvuelta
 á su prelado santo
 puso de media vuelta.
 Entonces Fr. Miguel, alzado el manto,
 el nudoso garrote
 encamina al cogote
 del ex-monge medroso,
 que viendo ya inminente la tormenta,
 no tuvo por afrenta
 (aunque eso llamen proceder de lego)
 acogerse á un asilo religioso,
 tomando las del padre Villadiego.
 Signióle en su carrera
 el Guardian furibundo,
 y un golpe le alumbró con saña fiera
 del cuerpo en el parage mas inmundo.
 Y si amparo no diera santa hermita
 al padre fugitivo,
 aquí finó Supino el Cenobita.

pudiera ya decir cuando esto escribo.

Mas ¡cuál fué nuestra pena
cuando á gritos Miguel desentonados
de este modo arengó: «la vil cadena,
«el ayuno y sangrienta disciplina
«de cancelon de fierro,
«al que rompió el encierro
«y en licenciosa imprenta desatina
«deberá sujetar. Y ordeno y mando
«que se abran al momento
«los sagrados umbrales del convento,
«do en mazmorras oscuras,
«con potros y torturas,
«con disciplina, y coro, y miserere
«se dome al que así quiere
«criticar tan osado
«la vida y las costumbres de un prelado.
«Vuelvan los motilones
«al yugo suave de obediencia santa,
«y si alguien la quebranta
«dando á luz dos renglones,
«espere de mi mano el deslenguado
«sendos palos y bravos coscorrones,
«que impune no se ultraja el entorchado,
«las fajas, los bordados y galones.»

Mirad, pues, Fr. Gerundio á que mamolas
no se espone el que abusa de la imprenta;
si pega con Guardianes de tres colas;
y gracias si lo cuenta,
y escapa solamente el desdichado,
como el P. Supino, apaleado.

Nota de Tirabque. Bien empleado le está
al P. Supino. Otra vez que mire lo que dice
y con quien se mete, como YO.

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.

Ayuntamiento de Madrid